

El Aburrimiento del adolescente y del analista

Carlos Tabbia

El aburrimiento no tiene fechas, ni pertenece a una edad evolutiva; el aburrimiento es un estado mental que puede aparecer silenciosamente, sin anticiparse. Siempre tiene el mismo efecto: provoca una sensación de oprimente malestar; es una estación a la que se puede llegar, pero en la que nadie quiere permanecer. Yankélévitch describió magistralmente el aburrimiento así:

"...no es la desesperación, es decir, el envés del altorrelieve y la perspectiva trágica, sino la indiferencia, la inapetencia, la irrelevancia absoluta. Cuando el devenir ya no está imantado, orientado y polarizado por el magnetismo del futuro, el espacio pierde su voluminosidad y desaparecen los destellos encendidos del deseo. 'Mi alma, dice Kierkegaard, se parece al Mar Muerto, cuyas aguas ningún pájaro puede sobrevolar'. El aburrimiento es la desgracia en calma. El mar de aceite. Lo contrario del alborozo de la partida y de los impetuosos vientos matinales. Aunque después lo contemplemos como algo pasajero, nos parece eterno mientras nos oprime. Envilece todo cuanto toca, porque su función es despreciar y desvalorizar, como la del amor es la predilección preferente. Es el más terrible disolvente para los valores, los ataca y los descompone en silencio, como un ácido velado; nos va quitando el apetito por donde pasa, las cualidades se quedan desvaídas y se vuelven anodinas, insípidas e inodoras... pero, sobre todo, incoloras" (Yankélévitch, V., 1963, p. 113).

Señalaría, si pudiera agregar una diferencia a la excelente descripción de Yankélévitch, que más que pretender desvalorizar o despreciar, en el aburrimiento no se encuentra valor ni antivalor en nada. Todo da lo mismo. Nada despierta interés, nada imanta. No hay luz que estimule tropismo. Nada de sentimientos ni de fantasías, ni de significados, es decir, nada de realidad psíquica.

En cierto sentido, se asemeja a los estados depresivos mayores, o a los estados catatónicos pero solo en la fenomenología clínica. En estos, los objetos internos están presentes ya sea con una cualidad destruida, o con una valencia altamente persecutoria. La persona se defiende de objetos terroríficos, con los cuales mantiene una obstinada pelea. El objeto está presente.

En los estados de aburrimiento, lo que se produce es un empecinado deseo de cortar todo contacto con el mundo y cultivar la nada, tal como lo expresa la poesía del poeta granadino Carvajal, que nació en Granada en 1945:

*Cerró su casa al mundo: Nadie, nada.
¡Qué súbita paz! Cerróse el cielo.
Durmió. Soñó. Ni un grito, ni un anhelo:
más firme ya la paz, y más cerrada.*

*Todo noche del mundo, y tan lograda
felicidad de ausencia sin desvelo.
Ni flor ardiente o ruiseñor con celo
consintió en su tiniebla sosegada.*

*Y ante sus ojos ya no hubo más día
y no hubo ya ni penas ni murmullo.
Durmió. Y se soñó, infinitamente.*

*Pero el mundo, sin sueño, proseguía
y, hasta una vez, fugaz e indiferente,
pasó junto a un cadáver: y era el suyo.*

Antonio Carvajal

El aburrido no está muerto pero anhela estarlo para no sentir. Solo quiere cerrar su vida al mundo. Ni días, ni penas, ni murmullos. Más que una lucha es una retirada del conflicto. Aquí no interesa tanto el mundo ni la realidad del otro como el encerrarse para no sentir y lograr un estado de indiferencia. ¿Nirvana? Pero en los adolescentes esto es imposible. Por un lado, la pulsión los lanza hacia el mundo y, por otro, cuando se confunden, anhelan encerrarse y cerrar sus ojos al mundo... hasta que la curiosidad los acicatea otra vez. Se crea sí, un estado desconcertante. Tan

desconcertante como la mancha de aceite que silenciosamente se extiende sobre el mar marcando todo lo que toca. Los padres se preguntan por su hijo, ¿qué ha pasado con aquel niño que brillaba lleno de ilusión, o con aquella niña que despertaba tantas sonrisas? ¡Llegó la pubertad! El mundo de esos niños cambió, ya está en otro lugar, en otro tiempo. Un mundo que antes anhelaba pero que ahora no entiende. Tampoco lo entienden sus padres. El desconcierto de apodera de todos. El aceite cubre la vida. El mar se queda sin olas. El adolescente calla. Se aísla. Está aturdido, confuso. ¿Qué ha sucedido para que esos niños llenos de ímpetu parezcan ahora vagabundos en un mundo extraño?

El mundo del púber ya no es el de la infancia. Ahora su mundo está alterado por las emociones y las hormonas claman un nuevo espacio y no respetan los esquemas y modalidades previos. El traje infantil aprieta y el cuerpo se expande. El púber piensa: ¿Qué me está pasando? ¿Ese que veo en el espejo, soy yo? Y ¿qué ha pasado con mis padres? Ya no saben todo, ni lo pueden todo; ni siquiera saben lo que me pasa, y me miran desconcertados... Además, están viejos...

Progresivamente se va generando una visión del mundo en la que, por un lado,

"está el mundo de los adolescentes, lleno de vida, de sexualidad y de placer, y este mundo sexual adolescente está rodeado por un mundo adulto viejo, destruido, envidioso y desexualizado que observa sus actividades sexuales y quiere interrumpirlas". (Meltzer, D. y Harris, Martha, 1998, p. 158).

Dos mundos que se van tornando antagónicos en la mente del adolescente. Uno es el que se construyó en la infancia; otro, el que se asoma con los primeros temblores del volcán puberal. El mundo de la infancia no está lejos y era bastante confortable, como lo describió Freud (1909):

"Para el niño pequeño los padres son, al principio, la única autoridad y la fuente de toda fe. El deseo más intenso y decisivo de esos años infantiles es el de llegar a parecerseles –es decir, al progenitor del propio sexo-; el deseo de llegar a ser grande como el padre y la madre. Pero a medida que progresa el desarrollo intelectual es inevitable que el niño descubra poco a poco las verdaderas categorías a las cuales sus padres pertenecen. Conoce a otros padres, los compara con los propios y llega así a dudar de las cualidades únicas e incomparables que les había adjudicado" (pp. 465/6).

El descubrimiento de otras realidades y de otras familias hace que tal confort vaya empalideciéndose y la turbulencia vaya incrementándose cuando la rivalidad edípica se actualiza y el proceso de separación de los padres se pone en marcha. El dolor comienza a golpear al niño, al ritmo del necesario desarrollo del individuo y de la sociedad, como decía Freud:

Es absolutamente inevitable que dicha liberación se lleve a cabo, al punto que debe haber sido cumplida en determinada medida por todo aquel que haya alcanzado un estado normal. Hasta el progreso mismo de la sociedad reposa esencialmente sobre esta oposición de las generaciones sucesivas. Por otra parte, existe cierta clase de neuróticos cuyo estado se halla evidentemente condicionado por el fracaso ante dicha tarea (Freud, ibídem, p. 465).

Un estado mental normal (psicopatológicamente hablando) requiere separarse de la anterior generación. Freud señalaba que algunos se tornaron neuróticos porque no habían podido separarse de los padres. Otros se tornan neuróticos o desarrollan otros trastornos cuando caen las defensas obsesivas de la latencia y se sienten precipitados a turbulentas confusiones. Nadie llega al estado mental adulto sin haber transitado exitosamente la encrucijada del Edipo, ese momento en el que se reactivan todos los anhelos y las confusiones. La negociación emocional de este momento tendrá consecuencias para el reconocimiento de la realidad psíquica, base de la autonomía personal y de la identidad, o para el desconocimiento de dicha realidad, base del aburrimiento. Considero, pues, que el aburrimiento del adolescente es el resultado de una oposición, con todas las graduaciones posibles, a cualquier conflicto que enfrente la necesaria pérdida de estados mentales infantiles; es el resultado de una terca oposición al cambio, por eso cierra la "casa al mundo" de la realidad psíquica.

El adolescente que se resiste a abandonar las idealizaciones, sobre todo la de los padres, luchará con todas sus fuerzas para oponerse a las experiencias de decepción que le permitirían humanizar a los padres y construir una imagen interna más acorde a la realidad de los objetos externos. En un grado excesivamente abusivo, el esquizofrénico antropomorfiza¹ al mundo antes que reconocerlo en su realidad separada y distinta de sí mismo. Para negar la realidad, las escisiones² e

¹ Antropomorfiza porque al atribuir significado a la realidad material esta deviene "humanizada": ¡esa piedra me golpeó!

² No me estoy refiriendo a la *escisión primaria* que permite la diferenciación adentro/afuera, self/objeto, bueno/malo que repercute en la diferenciación y desarrollo de la personalidad, sino a la *escisión patológica* que conduce a desorganizaciones severas y que atentan directamente al desarrollo simbólico y fomenta estados paranoides y confusionales.

idealizaciones, vehiculizadas por la identificación proyectiva, son medios adecuados. Esa comparación es solo un intento de ilustrar la arrogancia del adolescente, que en grado sumo se manifiesta en el esquizofrénico, quien, en su delirio, se cree capaz de construir un mundo mejor y más grande que el que encontró. La imposibilidad del adolescente para acercarse a los objetos y observarlos se funda en la omnisciencia, basada en el hecho de *"carecer de imaginación para imaginar que hay cosas que no puede imaginar"* (Meltzer, D. y Harris, Martha, 1998, pp. 322/3). Otra consecuencia de esa creencia de saberlo todo es la restricción mental que solo les permitirá ver aquello que está dentro de "su" limitada visión del mundo. Esta defensa "escotomizadora" desconcierta e irrita a padres y docentes que no logran llamar la atención del adolescente sumergido en "su" mundo. Por ese motivo, no es raro que acuse a los adultos de querer invadirlo cuando "está en lo suyo". Esta retracción podría surgir como consecuencia de la pretensión de regular el monto de información que le llega, como del temor a una reintegración vivida como invasión. Esto no significa que el adolescente no sea curioso, pues la realidad es todo lo contrario; está deseoso de conocer, explorar y descubrir, pero el ritmo de tales anhelos está limitado a su capacidad de incorporar vivencias. Cuando una experiencia emocional -que siempre implica cambios, duelos, castraciones- puede ser sentida como una amenaza u ofensa para el adolescente, una defensa posible a implementar es la del aburrimiento que, cual *"ácido velado"*, hace desaparecer la realidad psíquica.

El lenguaje y los grupos en la vida del adolescente

No hay época en la que se necesite tanto al grupo como en la adolescencia. Esto mismo podría formularse de otra manera: el adolescente que más sufre es el aislado (Tabbia, 2017). Y al aburrido le resulta muy difícil participar de la vida de un grupo. Por tanto queda mermada su necesidad adolescente de actuar y de hablar, necesarias ambas para avanzar hacia un estado mental adulto.

Púberes y adolescentes hablan, hablan y hablan... Pero ¿qué dicen? Hablar tiene sentido para intercambiar información y comunicar estados emocionales. No se pretende aquí discriminar todas las variables comunicativas de las conversaciones juveniles, pero podría afirmarse que en dichas conversaciones conviven el intercambio de información, la comunicación de estados emocionales, la evacuación de excitaciones. Más aún, se podría establecer otra diferenciación en la calidad de esta dependiendo del estado emocional que predomine; así en los grupos puberales, donde la identidad está tan difuminada como en los danzantes cardúmenes,

importaría más el ruido que las palabras. En cambio, en los grupos adolescentes, en los que predomina más la individualidad y la sexualidad está encontrando un espacio más íntimo, las palabras y el diálogo tienen mayor profundidad. Sin embargo, no se puede negar que la cháchara juvenil más que para comunicar sirve para sentirse parte de un grupo; tendría el mismo efecto tranquilizador que tenía para los árabes escuchar el ruido del agua corriendo en sus fuentes. Al aburrido, ese rumor, más que aliviarlo, le incrementa el malestar; se siente impermeabilizado.

A continuación haré referencia al lenguaje y al grupo: espacios necesarios para elaborar la adolescencia.

El niño cree en el **lenguaje**; las palabras son el objeto nombrado. Y como los adultos son los que mejor usan el lenguaje, cree en ellos como si fueran dioses poderosos y protectores. Aunque esta creencia se tambalea con la llegada de la pubertad, el joven sigue creyendo en el lenguaje; todavía no se ha desprendido del poder mágico de las palabras y eventualmente puede usarlas como proyectiles en las discusiones. Para que el lenguaje devenga representación de un objeto ausente, el joven ha debido desprenderse de la dependencia de lo presente-concreto y aventurarse en el desarrollo de la observación y la abstracción.

Hay personas que tienen grandes dificultades para observar su propio interior, para acceder a la introspección, porque su realidad interna y externa no están diferenciadas y se alternan continuamente en una oscilante confusión: lo de dentro fuera y lo de fuera dentro. Esa confusión, en ocasiones excitante pero frecuentemente persecutoria, los empuja a vivir en un mundo cerrado para evitar sentirse inundados. Pensar sus experiencias emocionales no es un proyecto para ellos. Así, pueden pretender estar en la sesión analítica como si estuvieran en la playa o en la empresa, como me pasó una vez con un paciente que, recostado en el diván, me pidió que le sirviera una bebida gaseosa. Este adulto/latente al poseer casi exclusivamente un exoesqueleto, frágil continente de una personalidad gaseosa, no utilizaba las palabras para nombrar una realidad interna sino un recurso "concreto" para organizar su vida "concreta". La introspección no figuraba en su vocabulario. Y la transferencia era sentida como comentarios sobre el mundo externo. Solo anhelaba que yo lo condujera. El aburrimiento era su estado normal.

No es infrecuente la dificultad de diferenciar las palabras que surgen de la observación expresando pensamientos propios, de aquellas que son solo clisés o eslóganes. Esos productos no son creaciones propias sino repeticiones absorbidas del entorno. No hay más que escuchar conversaciones de adolescentes para comprobar que suelen ser diálogos en eco, con algunos atisbos de originalidad. Ciertamente, el

nivel cultural y de salud mental establece diferencias importantes en el tipo de diálogo y lenguaje que se produce. Pero es innegable que uno de los beneficios de pertenecer a un grupo es que ofrece palabras y modelos que eximen de la tarea de observar, abstraer y formular. La masa ofrece una seudoidentidad pero no estimula el pensamiento propio. El adolescente sano tiene la posibilidad de entrar y perderse en el grupo, disfrutar de la excitación y la anestesia que ofrece la vida grupal, pero luego marcha; por el contrario, hay otros que luchan por perpetuar la permanencia en el grupo, envolviéndose en su jerga, porque el grupo es la "única piel" que los contiene y fuera de este los espera la soledad, el aislamiento y el aburrimiento.

El empleo casi exclusivo de clisés, eslóganes y el orientarse por las modas son señales de una personalidad inestable y de cierto trastorno del pensamiento: frágiles territorios donde se desarrolla aburrimiento. Frente a este territorio "*anodino, insípido, inodoro pero sobre todo incoloro*" pueden surgir muchas reacciones.

Alejandra decía: "*Cuando estoy aburrida, como*", y José: "*Yo me masturbo*", Pedro, en cambio, diariamente hace 30 km en bicicleta. Podrán variar las conductas pero tienen en común el girar en torno a la estimulación de la sensorialidad. Todo vale para eliminar ese estado emocional. Se cierra así el círculo de la amentalidad, generadora de aburrimiento. Esto es así porque el aburrido al huir rápidamente de ese estado y precipitarse en la descarga no puede simbolizar. Y no puede hacerlo tanto porque le faltó un objeto continente que decodificara cómo porque no confiaba en su capacidad de superar la distancia que lo separaba del objeto. No pocas veces, el nadador desiste de llegar hasta la otra orilla porque teme ser arrastrado por la corriente.

Pero para llegar a la otra orilla se requiere la presencia de un objeto que sostenga los primeros pasos; en ese sentido no hay más que observar la conducta de los animales para ver cómo los progenitores acompañan y animan a abandonar el nido. Junto a la experiencia repetida de encontrar un objeto continente, la confianza se desarrolla con la conjunción de la tolerancia la frustración y el sentimiento de gratitud. No pocas veces la desconfianza básica puede surgir de cierta incapacidad de integrar experiencias y objetos. Incapacidad que puede estar correlacionada con la dificultad de realizar adecuadas escisiones, paso previo de futuras integraciones. La dificultad de escindir, integrar, abstraer y nominar impide crear pensamientos y empuja a conformarse con las producciones de los grupos y con los lenguajes de moda. Un problema añadido a estas dificultades es que el joven, en lugar de aventurarse y nadar hasta la otra orilla, se llena de palabras y de teorías; Javier (17 años), decía "*que todavía no había tenido relaciones sexuales porque no había encontrado a la chica con la cual establecer una relación seria*". Javier, creándose

historias, racionalizando, llenaba su vacío y alejaba sus temores. Con esto no estoy desvalorizando los relatos, las ficciones, las historias o las teorías tan frecuentes en adolescentes. Solo estoy señalando aquellas historias, ficciones o relatos que tienen como motivación "*cerrar la casa al mundo*".

Cuando me refiero a la ficción no lo hago pensando en la creación literaria, basada sobre un gran trabajo de simbolización, sino a la que surge del pobre o nulo reconocimiento de la realidad externa o interna y del trabajo necesario para crear pensamientos. En ese sentido, se podría hacer una diferenciación entre la producción de palabras o ficciones o relatos surgidos desde un funcionamiento esquizoparanoide al de uno depresivo. Desde el primer funcionamiento se daría una creación/ficción con objetos predominantemente parciales y en general no respetados, al estilo de esos poemas escritos sin signos de puntuación y con hiperabstracciones y referencias casi delirantes e incomprensibles para el lector y que generan una sensación de aglomeración. En una creación más "depresiva" no solo se reconocería la realidad del objeto/tema referido sino la de sus posibles relaciones, con un nivel de simbolización, abstracción y formulación que le permite al lector sentir que ha sido tenido en cuenta durante la producción del artista. Esto no significa que se ha creado de modo complaciente ni condescendiente. En este sentido, la creación ha devenido un puente, aunque exija trabajo entender el lenguaje poético. A partir de estas consideraciones, podemos decir que el adolescente aburrido es incapaz de producir un poema en ninguna de esas dos modalidades por su limitada capacidad de hacer escisiones diferenciadoras. Solo sufre y está paralizado, seguramente enfadado. En la trastienda llena de confusión se incuba violencia. El peligro está presente. Y cuando los adultos tratan de hacerlo hablar más se enfada...

Me he referido a las conductas que pretenden alejar al aburrimiento: el refugio en la sensorialidad (puerta de entrada de las adicciones) y a la evacuación a través del lenguaje.

Otro recurso podría ser el refugio en los juegos informáticos. La fascinación de los adolescentes por la informática no está solo relacionada con el universo que se les abre ante su curiosidad sino a la fantasía omnipotente de dominar al mundo, al modo de los latentes que al aprender la palabra que nombra a un objeto creen que ya lo pueden construir y manejar. Un adolescente curioso aprovechará la informática para ampliar su mundo, para establecer relaciones con otros jóvenes y hasta desarrollar programas o crear juegos. Un joven más retraído podrá reducir su mundo a juegos bélicos o excitantes sin contacto con nadie más. Un adolescente más aburrido perderá todo interés en ese mundo a su alcance. Este es el joven que más sufre, porque aislado solo puede encontrar refugio en aplanadas ideas alejadas de la

realidad, nihilistas, o refugiándose en resentidas ideas agresivas, jugando con la posibilidad de liberarse con el suicidio o cortándose o quemándose o agrediendo a otros, asesinando.

Carvajal decía que *"cerró sus puertas al mundo"...y "pasó junto a un cadáver: y era el suyo"*. Pero ante finales tan destructivos se puede considerar la alternativa de que el aplanamiento del adolescente encerrado en sus juegos bélicos puede durar el tiempo necesario hasta que surja la necesidad de salir al mundo.

Recuerdo a Ivo (ahora de 16 años) que pasó cerca de dos años encerrado en su habitación jugando juegos bélicos... hasta que sintió que estaba aburrido y encerrado en su cueva lo que lo empujó a salir al mundo. Ivo contó con el soporte de un equipo asistencial y de su familia, que no lo abandonaron y lo ayudaron hasta que pudo cruzar la puerta de calle, sin ahogarse... Y está empezando a estudiar informática... Creo que el lenguaje y los juegos informáticos compartidos son un recurso válido para jóvenes aislados y aburridos porque los jugadores virtuales progresivamente se tornan reales, creándose una comunidad "permeable" entre sí aunque defensivamente "impermeable" con respecto al mundo de los adultos.

La desilusión del púber frente al mundo infantil, que giraba en torno a las figuras parentales, puede encontrar un antídoto en el **grupo**. El grupo adolescente es necesario para abandonar al grupo parental. Cuando los púberes y adolescentes se reúnen, suelen y pueden desplazar y proyectar en el grupo parte de la emocionalidad derivada de la vida familiar. Pero no todos los adolescentes sacan el mismo provecho de la vida grupal. Así, por ejemplo, el adolescente que no se siente parte del grupo familiar y que es incapaz de formar parte de un grupo de edad se queda aislado y atascado, como sin salida; en esa encrucijada emergen la desconfianza, la desesperación y cuando empieza a abandonarse la lucha emocional aparece el aburrimiento. *"...no es la desesperación, [...] sino la indiferencia, la inapetencia, la irrelevancia absoluta"* (cf. Yankélévitch).

Muchos adolescentes se sienten incapaces de formar parte de un grupo. Considero que la vida grupal es una patera³ salvadora que le permite al joven transitar desde la infancia a la vida mental adulta... Pero para formar parte de un grupo y beneficiarse de esa experiencia se ha de contar con la suficiente salud mental como para no temer la experiencia de la escisión e identificación proyectiva sobre los componentes de un grupo; requisito también necesario para vivir la relación con el amigo íntimo.

³Patera: me refiero a esas embarcaciones utilizadas por inmigrantes que intentan llegar a las costas europeas.

Creo que el grupo tiene una capacidad terapéutica/continente porque facilita el interjuego de escisiones e identificaciones⁴. El temor a todo tipo de confusiones puede anclar al joven en la periferia del grupo. La experiencia de abrirse implica contar con un sentimiento de confianza que permita salir de los límites del propio perímetro. Pero no pocas veces oímos el relato penoso de un joven que sintió que se rieron de él en un grupo y que sintió ganas de desaparecer. No pocas veces mientras se nada en una turbulenta travesía, los espejismos aumentan los temores... Cuando hablo de los beneficios de la vida grupal no tengo en mente a las pandillas con líderes psicopáticos, sino a los grupos donde se pueden vivir diferentes roles y funciones, y experimentar emociones (amor, odio, curiosidad) con la meta inconsciente de posibilitar reintroyecciones enriquecedoras de la personalidad. El adolescente aburrido no se arriesga a formar parte de un grupo porque no solo teme abrirse, salir de su encierro, sino que teme a sus propias emociones, sobre todo a su propia agresión tanto como a la que emerge del grupo.

Una vez que el adolescente, y sobre todo el aburrido, ha podido formar parte de un grupo (en general, de personas del mismo sexo), se habrá de confrontar nuevamente al dolor cuando ese grupo empiece a desmembrarse. Momento que se pone en marcha cuando emerge el anhelo de formar parejas. Cuando el joven que encontró refugio en el grupo comienza a sentir el desgarramiento de las separaciones se incrementan los peligros. Unos pueden derivar de una limitada función terapéutica del grupo, otros de una limitada capacidad del joven a participar de la emocionalidad grupal. Si el paciente aburrido no puede salir del mundo aislado y ficticio, por no decir plano en el que vive, sería de desear que pudiera encontrar un grupo (no excluyo mencionar a los grupos terapéuticos y tampoco a la relación con el analista como un grupo de dos) que le permita experimentar emociones.

El aburrimiento cual "*mancha de aceite*" no es algo que afecta solo a quien lo sufre directamente, o a sus familiares. También afecta a los que participamos analíticamente con pacientes más o menos anclados en el estado mental aburrido. Y afecta particularmente porque el aburrimiento es "*terriblemente disolvente para los valores*" de la realidad psíquica, siendo esta el objetivo de la tarea analítica. Un silencioso y velado peligro para nuestra labor es que se torne "*anodina, insípida, inodora e incolora*". Esa posibilidad se acrecienta ante la decisión de negar la realidad psíquica.

⁴ Permite tanto ejercer la escisión de partes infantiles, inmaduras o confusas y proyectarlas sobre el grupo, como la reintroyección de los aspectos propios que retornan metabolizados por la permanencia en los depositarios y que permiten reorganizar el sentimiento de identidad.

En ese sentido, cabe recordar que el adolescente no siempre está dispuesto a investigar su mundo interno y no se siente generalmente cómodo exponiéndose ante la escucha de un adulto; tampoco es difícil que emplee defensas propias de los latentes⁵, como me ha sucedido más de una vez con Ivo (entonces con 15 años), cuando fui a atenderlo en su casa porque se oponía a abandonarla y salir a la calle. Más de una vez tuve que estar junto a él, ambos en silencio, mientras jugaba a sus juegos bélicos en la computadora... En esos momentos solo me quedaba -como decía Meltzer-, *"con los recursos de nuestra propia imaginación y con nuestra contratransferencia para crear en nuestra mente una escena dramática que dé cuenta de esta clase de acción y de conducta, de forma de poder ir viendo alguna clase de significado"* (Meltzer y GPB, 1995, p. 84); pero no pocas veces me cubría el desaliento y el aburrimiento, y me preguntaba qué significado tenía acudir a su casa y estar tantos momentos sin entender algo de lo que le estaba pasando a Ivo. La perseverancia⁶ posibilitó que se fuera desarrollando un vínculo de confianza que le permitió a Ivo comenzar a comunicarse y que se opusiera a la propuesta de los padres de interrumpir la relación terapéutica.

El aburrimiento del analista

Para comprender el aburrimiento y toda otra emoción no es superfluo recordar la premisa fundamental de que a toda transferencia del paciente se corresponde una contratransferencia del analista.

"Cada situación transferencial provoca una situación contratransferencial [...] Las reacciones contratransferenciales son regidas por las leyes del inconsciente general e individual. Entre éstas debe ser recalcada la ley del talión." (Racker, H., 1973, p. 239).

Solemos considerar a la angustia, el odio, la culpa en la contratransferencia como problema técnicos fundamentales porque afectan la disponibilidad y el trabajo del analista. Pero si recordamos que el aburrimiento es deletéreo para los vínculos en general, podemos afirmar que lo es en mayor grado para los transferenciales-contratransferenciales, pues disolvería el medio específico para las intervenciones terapéuticas. Ahora bien, siendo conscientes de la significación de este afecto cabe

⁵ Por ejemplo, ponerse a jugar de espaldas al analista para que no pueda ver cómo construye su juego...

⁶ Meltzer nos decía que la perseverancia y el interés es lo único que cura...

interrogarse, *¿por qué se aburre el analista?* Es mi intención presentar a continuación algunos elementos que pueden iluminar el fenómeno.

Algunas respuestas del analista

Racker, partiendo de la premisa del inconsciente que funciona sobre la base de sus leyes, considera que el aburrimiento y la somnolencia, cuando aparecen con frecuencia y hasta con regularidad, suelen ser:

“respuestas taliónicas inconscientes del analista a un alejamiento o abandono afectivo del analizado (...) un alejarse del analizado sin irse, un abandonar afectivamente al analista, pero quedándose con él.[...] Este alejamiento o abandono parcial se expresa superficialmente en intelectualización (bloqueo afectivo), en control aumentado, a veces en monotonía en la forma de hablar, etc., teniendo el analista al mismo tiempo la sensación de ser excluido, y de ser impotente con respecto al curso de las sesiones. Parece que el analizado trata de evitar así una dependencia latente y muy temida frente al analista. Esta dependencia es, en la superficie, su dependencia del superyó moral, y más profundamente, de otros objetos internos que son en parte perseguidores, en parte perseguidos. Estos objetos no deben ser proyectados sobre el analista; las relaciones latentes e internas con ellos no deben ser actualizadas y externalizadas. Este peligro es rechazado a través de diversos mecanismos, desde el control y la selección ‘consciente’ de las comunicaciones hasta la despersonalización, y desde el bloqueo afectivo hasta la total represión de toda relación transferencial; es este rechazo de aquellos peligros, y la conjuración y el dominio de la angustia mediante estos mecanismos lo que lleva, pues, al alejamiento, frente al que el analista puede reaccionar con aburrimiento o somnolencia” (Racker, H., ídem, pp. 289-291).

Si el paciente abandona al analista, ya sea para protegerlo de su hostilidad o porque no tolera escindirle ni la dependencia ni las emociones (amor, odio, conocimiento), pero lo torna impotente porque le impide intervenir, entonces el analista se vengaría inconscientemente a través de su propio aburrimiento. Esta manera de interpretar la reacción de aburrimiento en la clínica también se puede experimentar en las relaciones sociales cuando el otro se presenta de un modo tan discreto, tan amable, tan cuidadoso, diría reactivamente cuidadoso que termina despertando hostilidad, pues esa conducta enfría cualquier encuentro apasionado, hasta preferir romper la relación iinsoportablemente aburrida!

Otra manera de provocar aburrimiento en el oyente es cuando la persona habla solo autorreferencialmente, y es incapaz de tener la menor curiosidad por el otro... Esta posición tan autocomplaciente pero esencialmente defensiva puede provocar inadvertidamente una respuesta agresiva del oyente, enfadado con el isolipsista y narcisista hablador!

Las reacciones contratransferenciales de alejamiento emocional del analista con su paciente se agudizan en la relación con pacientes narcisistas y fronterizos frente a los que el analista se defendería con defensas caracterológicas. Esto lo estudia Kernberg (1993). Él señala que como consecuencia de la identificación que el analista hace *"con la agresión, la proyección paranoide y la culpa del paciente"*, el analista se defiende con defensas secundarias entre las que menciona el retraimiento o alejamiento narcisista del analista respecto del paciente, pero esto *"acarrea la pérdida de la empatía y la eventual imposibilidad de continuar la relación analítica con ese particular paciente"* (p. 67). Esta conducta defensiva y agresiva (tanto para el paciente como para el mismo analista) emerge desde las reacciones contratransferenciales ante pacientes empeñados en negar la existencia del analista como persona independiente y al que tratan de controlar y desvalorizar. Una de las maneras de estos pacientes de controlar al analista –señala Kernberg– sería la de retener información *"junto con lo que parecía ser un intento inconsciente de hacer dormir al analista, o por lo menos de mantenerlo en un crónico estado de frustración merced a monótonas repeticiones"* (p. 269) que colocaban al analista en una situación somnolienta y aburrida que, a su vez, podía despertar la reacción contratransferencial de aburrimiento taliónico, según la idea original de Racker, y que conllevaba la pérdida del interés por el paciente. Sin embargo, cabría interrogarse si el aburrimiento taliónico del analista es solo una consecuencia de la contratransferencia o se trataría también de un déficit en la organización de la personalidad del analista.

Dejar de lado al analista no es necesaria ni únicamente una conducta agresiva. Todo depende a qué parte del analizado estemos haciendo referencia: si las infantiles-inmaduras o las negativistas-narcisistas. En el proceso normal de desarrollo, el objeto adquiere presencia solo después de un arduo proceso. Por ejemplo, la construcción de un objeto con capacidad para contener la proyección del dolor, lo que Meltzer (1976) ha llamado el *"pecho-toilette"*, exige un largo camino de interjuego entre el self y los objetos. Además, para la economía psíquica, los objetos externos, aunque mucho colaboren con el bebé, en ese momento son solo valorados y necesitados pero no amados. Por otra parte, el adulto, cuando se ha identificado con las funciones parentales, asume que su tarea es dejarse usar mientras el bebé

lo necesite. Esta es una tarea que Winnicott (1968) o Joseph (1993) asignan al analista durante el proceso analítico, la de dejarse usar para que se reconstruyan la historia, las fantasías y el contenido de las defensas y puedan ser simbolizadas. Creo que la posición de objeto usado puede molestar al analista si él espera ser considerado en su calidad de persona más que en su función de analista; y seguramente se aburrirá si se siente solo y abandonado al sentirse usado. Por eso creo que el aburrimiento adquiere un significado diferente, no retaliativo, si lo vinculamos al tema del desarrollo. Es parte de la tarea analítica el experimentar aburrimiento cuando se trata a pacientes narcisistas, o a pacientes muy poco estimulados en su primera infancia, que no han encontrado una madre "suficientemente bella" (Meltzer, 1990) y disponible. Pero refiriéndonos a los narcisistas, Kohut (1977) señala que en la transferencia especular de estos pacientes, estos apenas reconocen "*la presencia del analista: lo tiene presente en la medida en que satisface sus necesidades narcisistas*" (244). Sin embargo, si el analista no tolera el despliegue del self-grandioso puede reaccionar con "*el aburrimiento, la falta de compromiso emocional con el paciente y el mantenimiento precario de la atención (incluyendo reacciones secundarias, tales como enojo manifiesto, exhortaciones e interpretaciones de resistencias forzadas, así como otras formas de acting out racionalizado de tensiones e impaciencia)*" (p. 246). Si el analista se retira, se aburre, o se defiende porque no se siente objeto de interés por parte del paciente podría suponersele un temor a "*sentirse arrastrado a una existencia anónima en la trama narcisista de la configuración psicológica de otro individuo*" (p. 249) y, por consiguiente, este temor podría obstaculizarle su función terapéutica. Por el contrario, si comprende los procesos de confusión-individuación, será más "*capaz de movilizar y mantener su empatía y compromiso cognitivo con las configuraciones narcisistas, activadas en la terapia, de sus analizandos narcisistas*" (p. 249) y de los núcleos narcisistas de los otros pacientes. Por eso creo que si pierde la empatía y el analista se aburre, se debe más a la persistencia de núcleos narcisistas insuficientemente analizados en el mismo analista que a un problema transferencial. ¡Cuán difícil sería para este analista analizar a un paciente que pedía que le sirvieran una bebida gaseosa!

Pero hay experiencias que vive el analista que son sentidas como extrañas a sí mismo y en las que se siente víctima de una situación que lo atenaza.

Así como la identificación con un paciente aislado puede generar un sentimiento contratransferencial de aburrimiento, recibir la identificación proyectiva de un objeto interno aislado, empobrecido o aburrido puede trastocarlo.

El concepto de contraidentificación proyectiva (Grinberg, 1976), puede dar cuenta de la fuerza y eficacia de la identificación proyectiva del paciente para alterar la economía emocional del analista. Un ejemplo ilustrará esto; se trata de un paciente que experimentó diferentes tipos de abandonos afectivos en su infancia aburrida y que actualmente vive preocupado por el futuro de sus propios hijos. Le resulta tan intolerable acercarse a su dolor infantil y es tal su resentimiento contra los padres que, durante la sesión, no pocas veces me descubro atrapado en fantasías de estar solo, mirando obras públicas o edificios en construcción, sin poder salir de esa situación que, al principio fue atractiva para mí, se me tornó enormemente aburrida. La característica de esta experiencia es que aparece de golpe y que no puedo liberarme hasta que padezco el encierro, el abandono, el aburrimiento y la soledad que me hacen sufrir y me estimulan a buscar el significado.

Cuando analizo mi estado emocional, descubro que fue una reacción inconsciente a la penetración de la identificación proyectiva de este paciente, quien confiaba más en mi capacidad para tolerar su abandono y su aburrimiento. Lo que sorprende de esta reacción es la fuerza con la que se instaló en mi mente, la tenacidad de esta, su inicio seductor dado mi interés por la arquitectura, y la sensación de aprisionamiento, como si fuera un objeto extraño que me dominaba y que me hacía sentir solo y aburrido, en medio de escenas repetidas y sin salida; me sentía aburrido.

¡Cuántas veces el adolescente sufre el aburrimiento y se siente atrapado porque no puede encontrar un objeto -sea el padre, la madre, u otra persona significativa- capaz de acoger ese malestar del adolescente!

Tornando a mi paciente, pude comprobar que mi estado emocional respondía a sus intentos desesperados de liberarse de sus estados insoportables. Sería empobrecedor quedarme solo en una consideración agresiva de su identificación intrusiva, porque perdería de vista la función comunicativa de esta, aunque resultara molesta. Mi aburrimiento me permitía descubrir el suyo. La violencia de esa comunicación es la que se suele experimentar con pacientes no libidinizados, o no considerados como sujetos, o que no han despertado interés en los padres, o que han sido "amaestrados" más que estimulado su pensamiento. El analista, al aburrirse así, puede llegar a comprender la soledad, la pobreza emocional y el vacío simbólico de estos pacientes.

Tu aburrimiento me aburre

Otra manera de comprender el aburrimiento del analista es considerarlo como consecuencia de una severa actitud defensiva del paciente. Según M. Wanhg (1979), *"el aburrimiento ocurre cuando fantasía y temor se aguantan mutuamente en equilibrio, cuando el coraje para enfrentarlo falta"* (p.353); ese es el momento en que el nadador se ahoga, en este caso, se aburre. La lucha por mantener ese equilibrio agota a las personas que deben

"prevenir crónicamente la emergencia de fantasías. Fantasías que en cualquier momento (especialmente en situaciones sociales) lo llevaría a sentirse amenazado. Por tanto debe mantenerse escondido. No puede permitírnos ni permitirse conocer lo que puede excitarle [...] y por eso tornarse interesante para nosotros. Inevitablemente, y a causa de su inhibición, él también se torna un aburrido para nosotros"; es decir que tanto se aburre por dedicar sus esfuerzos para tapar sus conflictos como aburre al analista al que cierra las puertas a la investigación. Se ve así cómo están interrelacionados el aburrirse como el aburrir al analista" (M. Khan, 1996, p. 11).

Este texto de Massud Khan parece una explicitación de la poesía de Carvajal. Pero aburrir al analista pretendiendo alterar su actividad fantasmática dejándolo creer solo en la verdad de los objetos técnicos u operatorios, podría transformarse en una forma de persecución retaliativa del analista contra el paciente bajo la forma de aburrimiento (Gutton, 1996, p. 69).

El problema se agranda cuando el analista se siente culpable al sentir aburrimiento frente a su paciente; además si se tiene en cuenta que el aburrimiento suele ir acompañado de somnolencia, fantasías evanescentes y desinterés; todo esto junto puede llenarlo de malestar porque viola la promesa realizada a sus pacientes de escucharlos atentamente.

El desagradable sentimiento de aburrimiento del analista podría estar relacionado, según Kohut, con cierto déficit en la constitución de la autoestima del analista, y, según Racker y Kernberg, podría ser una consecuencia retaliativa frente al deseo del paciente de ignorar al analista.

Meltzer (2004) ofrece otro ángulo y considera al aburrimiento como una consecuencia contratransferencial de la transferencia negativa. Él no considera a la transferencia negativa en los términos de falta de confianza u hostilidad sino como

evitación de vínculos. Su punto de partida es el modelo vincular propuesto por Bion: amor, odio, conocimiento.

Meltzer, al analizar las características de las transferencias negativas según sea el vínculo, propuso los siguientes nombres a dichas transferencias:

- Al antivínculo del amor (- L) lo nominó *puritanismo* o la superioridad del amor puro.
- Al antivínculo del odio (- H), *hipocresía* o la negación el odio, y
- Al antivínculo del conocimiento (- K), *filisteísmo*, es decir, oposición a pensar que conlleva el menosprecio del pensar, del arte, de la belleza y de los valores espirituales.

A continuación presentaré los afectos contratransferenciales a cada una de esas transferencias negativas, propuesto por Meltzer.

- La 'contratransferencia del *puritanismo*' es *confusión*, casi la ausencia misma de contratransferencia y deriva hacia una actitud de ir tras el paciente aceptándole su discurso de modo complaciente. Este modo de entender la contratransferencia del puritanismo se asemeja al concepto de *sometimiento* contratransferencial, formulado por Racker (1973), en el que el analista tendría "*la tendencia de no frustrar al analizado y hasta de mimarlo*" (p. 291).

- La 'contratransferencia de la *hipocresía* también se caracteriza por un sentimiento de *incomprensión* pero con una actitud de superioridad y crítica hacia el paciente.

- La 'contratransferencia del *filisteísmo* vuelve a caracterizarse por la *incomprensión*, la *incapacidad de pensar* y de comprender, en la que se percibe al paciente como si fuera estúpido.

Ahora bien, Meltzer dijo:

"todos estos vínculos negativos y la contratransferencia que se desprende tienen un aspecto en común: la falta de fantasía, de imaginación. Esta incapacidad por parte del paciente se refiere a la incapacidad para comprender la naturaleza de los vínculos positivos, del verdadero significado que está detrás de palabras tales como amor, odio, conocimiento; el paciente no está en condiciones de entender el verdadero significado, para él son solo términos privados de sentido, no sabe qué significa amar, odiar, estar interesado por otro.

¿Cuáles son las consecuencias? Cuando el analista percibe la incapacidad imaginativa del paciente, su incapacidad de comprender, se crea un elemento en común: el aburrimiento; el aburrimiento ya sea del terapeuta en relación

al paciente, como del paciente en relación al terapeuta" (Meltzer y Grupo Racker, 2004, p. 19; la traducción y las redondas son mías).

Luego se preguntó "*¿Qué hay detrás o debajo de este aburrimiento?*", y respondió que es "*la ausencia de interés lo que causa el aburrimiento*" (ídem, p. 20). A esto agregaría que no solo causa aburrimiento la ausencia de interés sino la ausencia misma de curiosidad.

Es una experiencia compartida el sentir malestar frente a las personas que tienen repetidas dificultades para comprender y que, además, suelen ser asertivos en sus comentarios. El analista puede llegar a sentir desesperación frente a expresiones propias de *pensamiento concreto* y que son declaradas como obvias, o frente a personas incapaces de metaforizar, o que no trascienden el campo de lo anecdótico y que están atrapadas en los insustanciales detalles de la rutinaria vida cotidiana...

Por eso, Meltzer, en otro momento, pudo decir que "*un material de muy poca densidad, superficial y aburrido, ha perdido su valor de comunicación*" (Meltzer y GPB, 1995, p. 83). En ese campo sembrado de incomprensión, el aburrimiento se desarrolla rápidamente.

El aburrimiento generado por el desencuentro

El aburrimiento no es solo una reacción a la transferencia negativa del paciente; puede ser también una consecuencia del fracaso del encuentro entre analizado y analista. Veamos una sesión con un joven ingeniero que, cuando consultó, no dormía, ni soñaba, ni trabajaba y estaba aislado, aburrido. Era un joven-latente, aunque la edad cronológica rondaba la treintena, que caminaba como si no mirara. Las sesiones solían comenzar preguntándome: "*¿Dónde habíamos quedado la vez anterior?*"; solía expresar que no sabía para qué venía y exigía que yo lo condujera. Al cabo del año ha reconocido que sin saber la causa, ahora duerme regularmente, sueña y ha retomado el trabajo. Pero su pensamiento concreto se seguía manifestando en conductas bizarras durante la sesión, como el haberme pedido que le sirviera una bebida gaseosa. En el breve material que a continuación presentaré se verá cómo la prisa por luchar contra su despersonalización me movió en una dirección bastante incorrecta.

P: Entra y, señalando el mueble que cubre el radiador de la calefacción, dice: "Eso es nuevo".

A: Intervengo para señalarle que sus ojos se habían abierto pues ese objeto estuvo siempre allí.

P: *Casi no vengo, estoy un poco mareado. Se cruza de brazos y piernas. No estoy pensando en nada.*

A: *Has mirado la tapa del radiador, has entrado en contacto con un objeto y reaccionas como replegándote. Casi no vienes, te cruzas de brazos y piernas y ahora no tienes pensamientos.*

P: Inquieto: *¿Qué quieres decir? Lo dices por algo, sacas una conclusión que yo no saco...*

A: *Si abres los ojos, ves algo y luego te aíslas, parece que el intercambio es algo peligroso.*

P: Permanece en silencio y dice que *no piensa en nada.*

A: Pregunto...

P: Dice que le pasan pensamientos fugaces que no puede recoger, y que le da pereza pensar. [...]

La sesión transcurre hasta que aparece la queja contra su jefe que cobra mucho pero no trabaja, y dice:

P: *Yo no trabajo porque él no genera trabajo y me aburro.*

El comienzo de la sesión ilustra un fracaso del encuentro analítico por fallo del analista, al realizar una intervención complaciente, reforzándolo: "*has abierto los ojos*"; mi intervención se dirigió a un nivel neurótico de contacto con un objeto, cuando en realidad lo más interesante de señalar hubiera sido su deseo de que en esa sesión se generara "algo nuevo" que lo sacara de la parálisis y del aburrimiento. Por eso a pesar de las dudas, vino a sesión, esperando que el analista le ofreciera algo nuevo, algo que él no conocía. Pero era un deseo que debía ser satisfecho por el analista, por eso venía pero yo lo interpreté al revés, como si fuera una manifestación de su deseo de funcionar según el Supuesto Básico Dependiente a nivel individual: recibir sin trabajar. Al no satisfacer su deseo, se sintió perseguido ("*¿Qué quieres decir? ...sacas una conclusión que yo no saco*").

En su afirmación "*Yo no trabajo porque él no genera trabajo y me aburro*" coexisten varios significados. Por un lado, se aburría porque había dissociado su capacidad generadora de proyectos y la había colocado (identificación proyectiva) en el jefe, y en mí en la transferencia; de ese modo establecía una relación de dependencia exigente, que se convirtió en persecución para mí, que además no

entendí qué cosa nueva había de producir. Por otro lado, él percibía que si no se trabajaba se *aburría*, es decir, ni pensaba ni incorporaba pensamientos, reduciéndose a exigirme que lo liberara del dolor, como un niño funcionando según el Principio del Placer. Además, en esa época se estaba dando un maltrato en la relación: no solía pagar en término, aun cuando no tenía dificultades económicas. En ese contexto me sentí amenazado pues si no producía no me retribuía. Era como si la ley del Talión presidiera nuestra relación. Me frustraba no pagando porque se sentía frustrado al no recibir pensamientos nuevos que él necesitaba y yo me vengaba no comprendiéndolo. El peligro además me acechaba porque podía retornarle sin modular la persecución que me generaba con su justa exigencia: él venía para que le diera pensamientos nuevos. Pero al no interpretarle correctamente se sintió frustrado, defraudado y se replegó más, aumentando su rechazo al vínculo. La incomunicación crecía ante mis ojos medio ciegos. Aunque el clima de persecución parecía revitalizar la relación, en mi contratransferencia aumentaba mi desconcierto y confusión, y mientras tanto percibía que cada vez me iba sintiendo más lejos del paciente, como en un desierto aburrido.

En la trastienda de este encuentro subyacía un resentimiento contra sus padres que era negado a través de la idealización de estos y de un trato formalmente afectuoso conmigo, más propio de un encuentro social que de una situación analítica establecida, con lo que mi aburrimiento y el suyo solían visitarnos. En el campo sembrado de incompreensión -si el analista no trabajaba, él se aburría- el aburrimiento crecía cada vez más. No comprendíamos y nos a-burríamos. ¿Nos tornábamos burros? (Fernández, 1995).

Abordajes del aburrimiento

Sirota (1998), partiendo de la premisa de un trabajo de W. Baranger donde considera que la contratransferencia está constituida esencialmente por afectos, plantea que los afectos como el aburrimiento, la somnolencia, la desconfianza o un especial interés como respuestas al paciente, son un punto de partida para la interrogación y hacia la interpretación. Esto es así porque, como decía E. Tabak de Bianchedi (1998), las emociones nos mueven, nos diferencian de las máquinas y son *"el caldo de cultivo en el que se desarrollan las semillas de nuestras capacidades pensantes racionales e irracionales y de nuestras capacidades creativas o poéticas"* (p. 618). Esos afectos se convertirán en punto de partida de la comprensión cuando se desarrolle el genuino interés por descubrir e investigar, muy distinto de una actitud

complaciente. Y, en relación al aburrimiento, el primer requisito para que se desarrolle el anhelo de descubrir y nominar es, paradójicamente, encontrar interesante el mismo aburrimiento. En ese sentido es oportuno recordar lo que Bion (1971) decía respecto de un paciente suyo que era tan aburrido que le llegó a fascinar la idea de cómo lograba aburrirlo: *“¿Cómo podía este hombre conversar conmigo de una manera que se acercaba a lo que llamaría ‘aburrimiento puro’ más que cualquier otra cosa que yo hubiera experimentado nunca? Es por eso que resulta fascinante, despierta la curiosidad”*.

Para ese fin, hasta tornarse fascinante, será necesario que hayamos podido tolerar el peso del aburrimiento y descubrir interés por el paciente aburrido. Se necesitará trascender el nivel de las anécdotas del mundo externo para centrarnos en el nivel de la investigación del fenómeno del aburrimiento, de la vacuidad, de la pereza tal como se manifiesta en la relación transferencial. Para estudiar este fenómeno puede ser útil asumir la sugerencia que hizo Meltzer (1991) para el trato con adolescentes:

“La actitud general con el paciente adolescente es la de tomar interés en todo lo que ocurre, en todo lo que dice el adolescente, y resistir la tentación de interpretar hasta que no haya un claro significado transferencial. Tampoco hay que interpretar las cosas del exterior, que es lo que quizás atrae en primer lugar” (p. 19).

Esto implica tolerar la frustración de no entender y soportar la presión de producir algo nuevo según la voluntad del paciente. Creo que el interés del analista se manifiesta como actitud exploratoria para ir descubriendo y describiendo con el lenguaje más rico posible los elementos presentes y ocultos que prepararán el camino para la interpretación. Esta actividad exploratoria estimula en el paciente aburrido la capacidad de preguntarse, lo cual le ayuda a desalojar al aburrimiento que ocupa el lugar del deseo de conocer (Fernández, 1995). La tolerancia de la ansiedad paranoide, de las quejas y de las explosiones agresivas latentes en el aburrimiento posibilita el despliegue de la pulsión epistemofílica, que cual tramontana barrerá las nubes del aburrimiento.

Para barrer esas nubes de aburrimiento adolescente será necesario tener el cuidado suficiente para no asumir con nuestras intervenciones la imagen que el adolescente tiene de los adultos; para él, los adultos somos los que luchamos por mantener nuestros privilegios (dinero, sexualidad, casa...), por tanto, nuestras intervenciones tendrán que tener el tacto suficiente para interpretar sin perder de vista la característica del adolescente. Y como el adolescente *“está tan atado al grupo y a las modas generadas por el grupo y los medios de comunicación, es difícil*

establecer la transferencia" (Meltzer, D. y Harris, Martha, 1998, pp. 326/7); esto obliga al analista a perseguir la transferencia y llevarla a la situación analítica, diferenciando claramente entre realidad interna y externa, además de hablar de modo tan claro como para evitar la creencia de que el adulto quiere manipularlo. Por eso, con Ivo acepté todas las condiciones que iba marcando: estar en silencio, mirarlo jugar en la computadora, escuchar sus canciones registradas, hablar de sus fantasías cuando él quería, no criticar sus conductas agresivas (romper de un puñetazo el cristal de la puerta de su dormitorio, chantajear a sus padres), mirar las fotos eróticas de una amiga... Todo era recibido pero los comentarios eran pocos, los justos para que experimentara una relación de comprensión e interés, lejos de una actitud crítica. El requisito es dejarse usar para que su mundo interno se manifieste y luego, en la medida de lo posible, devolverle un significado. Pocas interpretaciones daban mucho resultado. A Ivo lo atendía una vez por semana porque más no aceptó. Durante meses fui semanalmente a su casa.

Mi experiencia concordaba con la de Bradley (2015), especialista en adolescentes de la Clínica Tavistock. Bradley proponía prepararse para enfrentar el encuentro con sus pacientes, también atendidos semanalmente. Él lo llamaba su "atenta espera". No pocas veces me encontraba a mí mismo preguntándome en el camino a su casa, lejana de mi consultorio ¿qué pasará hoy?, ¿me abrirá la puerta?, pues a veces la familia no estaba. Y cada día era una sorpresa.

Bradley empleaba tres recursos que orientaban su trabajo: tener claro el tipo de espacio que existía entre su paciente y él; expresar pensamientos en el lenguaje propio del adolescente, y, tercero, evitar referirse a sesiones previas a menos que el adolescente lo hubiera hecho primero.

Concuerdo con estos tres requisitos, que nombran la distancia terapéutica, el vocabulario que se emplea y la tolerancia del ritmo y de la iniciativa del adolescente. Considero que son requisitos esenciales y generosos que surgen del respeto a la naturaleza compleja y conflictiva de los adolescentes. Estos recursos surgen de dos elementos esenciales para guiar el tratamiento de adolescentes o de adultos, con diferentes niveles de desarrollo de la personalidad: el interés por los pacientes y la pasión por el método psicoanalítico.

Para terminar, retransmitiré el pensamiento de un músico excepcional. Sus comentarios sobre la música se pueden aplicar tanto a la labor clínica del psicoanalista como a lo que es necesario para abordar el aburrimiento. El violonchelista letón Mischa Maiski (Riga, 1948) aseguraba que no veía tan negro el futuro de la música clásica como algunos de sus colegas vaticinaban:

"No hay que bajar el listón de calidad *para llegar a nuevos públicos. Siempre habrá público mientras el artista se deje el alma en la interpretación de una obra. Puede cambiar la indumentaria, la presentación de los conciertos, pero al final lo que atrapa al público es la energía del artista sobre un escenario*" (El País, 3-3-2005, p. 41; las redondas son mías).

El compromiso emocional del analista es lo que mueve a la identificación y a la reestructuración del aparato psíquico que posibilitará que florezcan pensamientos en el aburrido desierto.

Resumen

La complejidad y turbulencia de la adolescencia provoca estados de confusión en los jóvenes que repercute en una moderada o tenaz oposición al contacto con la realidad psíquica propia. Una consecuencia necesaria de ese rechazo es el aburrimiento. Se describen aquí algunas manifestaciones del aburrimiento en la adolescencia, ligado a la oposición a la investigación y el conocimiento. Luego se presenta cómo el aburrimiento puede hacerse presente en la labor del psicoanalista. Se finaliza señalando que un antídoto para el aburrimiento es el desarrollo del interés por el mismo aburrimiento y por los estados de aburrimiento que surgen en distintos momentos de la vida.

Palabras claves

Amentalidad, Lenguajes, Pasión, Función analítica, Interés analítico.

The adolescent and the analyst's boredom

Abstract

The complexity and turbulence of adolescence causes states of confusion in young people that has a moderate or tenacious opposition to contact with their own psychic reality. A necessary consequence of that rejection is boredom. We describe here some manifestations of boredom in adolescence, linked to the opposition to research and knowledge. Later it is presented how boredom can be present in the work of the psychoanalyst. It ends by noting that an antidote to boredom is the development of interest in the same boredom and the states of boredom that arise at different times of life.

Keywords

Amentality, Languages, Passion, Analytical function, Analytical interest.

L'ennui de l'adolescent et de l'analyste

Résumé

La complexité et la turbulence de l'adolescence provoquent chez les jeunes des états de confusion qui ont une opposition modérée ou tenace au contact avec leur propre réalité psychique. Une conséquence nécessaire de ce rejet est l'ennui. Nous décrivons ici quelques manifestations d'ennui à l'adolescence, liées à l'opposition à la recherche et à la connaissance. Puis on présente comment l'ennui peut être présent dans le travail du psychanalyste. Il finit par noter qu'un antidote à l'ennui est le développement de l'intérêt pour le même ennui et les états d'ennui qui surviennent à différents moments de la vie.

Mots Clés

Amentalité, Langues, La passion, Fonction analytique, Intérêt analytique.

Bibliografía

- Bion, W. R. "La Tabla" (1971), en *La Tabla y la cesura*. Buenos Aires. Gedisa, 1982, pp. 9-49.
- Bradley, J. (2015). "La atenta espera en el Trabajo Psicoanalítico con Adolescentes", *A Mind of One's Own" Exploring the work of Donald Meltzer*, 20-22, february, 2015. Tavistock Clinic. London. Inédito.
- Fernández, A. (1995): "Aburrirse=aburrarse" en R. Rodolfo (comp). *Trastornos narcisistas no psicóticos*. Buenos Aires. Paidós, pp. 205-216.
- Freud, S. (1909). "La novela familiar del neurótico". *Obras completas*, 1968, T. III. Madrid. Biblioteca Nueva, pp. 465-468.
- Grinberg, L. (1976). *Teoría de la identificación*. Buenos Aires. Paidós.
- Gutton, P. (1996) "La morosidad: más bien el hastío que la barbarie", en *Psicoanálisis con niños y adolescentes*, N.º 9, Buenos Aires, 61-77.
- Joseph, B. (1993). *Equilibrio psíquico y cambio psíquico*, Madrid. Julian Yébenes SA, 1.ª ed., 1989.
- Kernberg, O. (1993). *Desórdenes fronterizos y narcisismo patológico*. México. Paidós, 1.ª ed., 1975.
- Kohut, H. (1977). *Análisis del self*. Amorrortu, ed. Buenos Aires, 1.ª ed., 1971.
- Meltzer, D. (1976). *El proceso psicoanalítico*. Buenos Aires. Hormé.
- Meltzer y GPB (1995). *Clínica Psicoanalítica con niños y adultos*. Buenos Aires. Spatia ed.
- Meltzer, D. y Harris Meg (1990). *La aprehensión de la belleza*. Buenos Aires. Spatia, ed.

- Meltzer, D. y Harris, Martha (1998) *Adolescentes*, editado por L. Jachevasky y C. Tabbia. Buenos Aires. Spatia ed.
- Meltzer, D. y Grupo Racker (2004). *Transfert, Adolescenza, Disturbi del Pensiero.*, Roma. Armando editore.
- Meltzer, D. (1991). Caso Gerard, Seminario del GPB. Barcelona, inédito.
- Masud R. Khan, M. (1989). "Introducción", en Winnicott, D. *Sostén e interpretación*, Buenos Aires, pp. 9-30.
- Racker, H. (1973). *Estudios sobre técnica psicoanalítica*. Buenos Aires. Paidós, 1.ª ed., 1959.
- Tabak de Bianchedi, E. (1998). "El psicoanalista apasionado o aprendiendo de la experiencia emocional", en *Psicoanálisis APdeBA*, XX, N.º 3, 617-629.
- Tabbia, C. (2005). "L'avorriment: l'emoció anul.lada", *Revista de Psicoterapia psicoanalítica*, ACPP. Barcelona, N.º 8, 2005, pp. 189-207.
- (2007): "El aburrimiento y la belleza del mundo", en *De un taller psicoanalítico, a partir de Donald Meltzer*. Barcelona. Grafein editores, Colección GPB, pp. 263-286.
- Tabbia, C. (2017). "The isolated adolescent", en *Doing Things Differently, The Influence of Donald Meltzer on Psychoanalytic Theory and Practice*. London, Karnac, pp. 95-107.
- Wang, M. (1979). "Some Psychoanalytic observations on boredom", *Int. J. Psycho-Anal.*, 60, pp. 515-526.
- Winnicott, D. (1968). "El uso de un objeto y la relación por medio de identificaciones", en *Realidad y juego*". Buenos Aires, Gedisa, 1986, pp. 117-127.
- Yankélévitch, V. (1963). *La aventura, el aburrimiento, lo serio.* ,Madrid, Taurus, 1989.